

CAPITULO XVIII

Atravesamos el archipiélago Peligroso. — Taití. — Aspecto. — Vegetación en las montañas. — Vista de Eimeo. — Excursión al interior. — Desfiladeros profundos. — Serie de caídas de agua. — Gran número de plantas silvestres útiles. — Templanza de los habitantes. — Su estado moral. — Reunión del Parlamento. — Nueva-Zelanda. — Bahía de las islas. — Hippalis. — Excursión á Waimate. — Establecimiento de los misioneros. — Plantas inglesas convertidas en silvestres. — Waioio. — Funerales de una mujer de Nueva-Zelanda. — Nos hacemos á la vela para Australia.

Taiti y Nueva-Zelanda.

20 de Octubre de 1835. — Después de haber hecho el estudio hidrográfico del archipiélago de las Galápagos, hacemos rumbo á Taití; comenzando entonces una larga travesía de 3.200 millas (5.120 kilómetros). Al cabo de algunos días salimos del espacio obscuro y nuboso que durante el invierno se extiende muy lejos en el Océano, frente á la costa sudamericana, se vuelve el tiempo hermosísimo, é impulsados por los vientos alisios constantes hacemos de 150 á 160 millas al día. La temperatura es más alta en esta parte central del Pacífico que en la costa americana; se mantiene el termómetro en la cámara, noche y día entre 80 y 83° Fahrenheit (26°,6 y 28°,3 C.), lo que resulta muy agradable; con un par de grados más, el calor sería insoponible. Atravesamos el archipiélago Peligroso, donde

vemos varios de esos curiosos anillos de islas de coral, que se elevan hasta asomar por encima del agua, y que se llaman *laggoons* ó *attols*. Una costa sumamente blanca, cubierta por una faja de vegetación verde, que desaparece en el horizonte; eso es lo que constituye un *laggoons*. Desde el tope del palo mayor se ve el agua tranquila en el interior del anillo. Estas islas de coral, bajas y huecas, se hallan en total desproporción con el vasto Océano, donde se elevan abruptamente; y sorprende que tan débil barrera no la destruyan las olas prepotentes y siempre agitadas de este inmenso Océano, que con tan poca razón se llama *Pacífico*.

15 de Noviembre. — Al rayar el día llegamos á la vista de Taití, isla clásica para todos los viajeros del mar del Sur. Vista á cierta distancia es poco atractiva: no se distingue todavía la admirable vegetación de las tierras bajas y casi no se ven, entre el celaje, más que los picos abruptos y los precipicios que forman el centro de la isla. Gran número de canoas vienen á rodear nuestro barco tan pronto como echamos el ancla en la bahía de Matavai; para nosotros es domingo, para Taití es lunes, pues de otro modo no hubiésemos recibido ni una sola visita; porque los habitantes obedecen con exactitud la orden de no echar al mar una canoa en domingo. Después de almorzar desembarcamos para disfrutar de todas las deliciosas impresiones que produce siempre un país nuevo, y sobre todo cuando ese país es la encantadora Taití. Una porción de hombres, de mujeres y niños, todos alegres y divertidos, se reúnen en la célebre punta Venus para recibirnos, y nos llevan á casa de Mr. Wilson, misionero del distrito, que nos acoge con la mayor cordialidad. Después de descansar allí unos momentos vamos á dar un paseo.

Las tierras cultivables no son más que una faja de terreno de aluvión alrededor de la base de las montañas y protegida contra las olas del mar por un arrecife de coral que rodea toda la isla. Entre este arrecife y la costa está el agua tan tranquila como la de un lago; allí pueden echar los indígenas sus canoas con toda seguridad, y en el mismo sitio suelen anclar los buques. Las tierras bajas que se extienden hasta las orillas del mar están cubiertas por los más admirables productos de las regiones intertropicales. En medio de los bananeros, naranjos, cocoteros y árboles del pan se labran algunos campos en que se cultiva la batata, la patata, la caña de azúcar y el ananás (piña). El monte mismo está constituido por un árbol frutal, el guava, que, á pesar de haber sido importado es hoy tan abundante que casi se ha convertido en una mala hierba. En el Brasil había yo visto el admirable contraste que forman los bananeros, palmeras y naranjos; pero aquí se añade el árbol del pan de espléndidas hojas brillantes y profundamente escotadas. Es magnífico ver bosques enteros compuestos de árboles tan vigorosos como las encinas y cargados de inmensos frutos nutritivos. Raro es que la idea de la utilidad de un objeto se añada al placer que proporciona mirarla, y sin embargo, cuando se trata de estos árboles hermosísimos, es indudable que se admira doblemente su utilidad. Entre los sombreados campos serpentean muchos senderos que conducen á casitas diseminadas por doquiera; y en todas ellas nos reciben con la hospitalidad más amable.

Los habitantes de Taití son en realidad encantadores. Tienen sus facciones tal dulzura de expresión que no es posible imaginar que sean salvajes; y es tan grande su inteligencia que progresan en la civiliza-

ción con suma rapidez. Los trabajadores van desnudos hasta la cintura, y así es como mejor puede admirarse á los taitianos. Son altos, bien proporcionados, anchos de hombros; en una palabra, verdaderos atletas. No sé quién ha dicho que el europeo se acostumbra con facilidad al espectáculo de las pieles oscuras y que éstas llegan á parecerle tan agradables y tan naturales como la suya blanca. Un hombre blanco que se baña al lado de un taitiano hace el mismo efecto que una planta blanqueada á fuerza de cuidados, al lado de un hermoso brote verde oscuro que crece vigoroso en medio del campo. Casi todos los hombres están pintarrajeados; pero acompañan tan graciosamente esas pinturas las curvas del cuerpo que producen un efecto muy elegante. Uno de los dibujos más comunes, pero cuyos detalles varían al infinito, puede compararse á la corona de una palmera. Parten estos dibujos, de ordinario, de la columna vertebral y se encorvan con arte á los lados del cuerpo. Podrá creerse que exagero, pero viendo el cuerpo de un hombre ornamentado en esta forma no he podido prescindir de compararlo al tronco de un hermoso árbol rodeado por delicadas plantas trepadoras.

Casi todos los viejos tienen los pies cubiertos de dibujos delicados, dispuestos de manera que simulan un zapato; aun cuando ha desaparecido ya en gran parte esta moda, siendo sustituida por otra. Aquí como en todas partes cambian las modas con bastante frecuencia; pero quieras ó no quieras, hay que someterse á dejar que reine cuando se es joven. De este modo cada viejo lleva impresa, por decirlo así, su edad en su cuerpo y no puede jugar á los pollos. Las mujeres se pintan lo mismo que los hombres, y muchas veces llevan tatuajes en los dedos. Ahora (1835) se ha he-

cho casi universal la moda de afeitarse la parte superior de la cabeza no dejando más que una corona de cabellos. Los misioneros han intentado reducir á los taitianos á que abandonen tal costumbre, pero es moda, y esta razón es tan suficiente en Taití como en París. Declaro que las mujeres me han desencantado; están muy lejos de ser tan hermosas como los hombres. Tienen, sin embargo, costumbres muy bonitas; por ejemplo: la de llevar una flor blanca ó roja en la parte posterior de la cabeza, ó en un agujerito hecho en cada oreja. También suelen llevar una corona de hojas de cocotero, pero esto no es ya un adorno sino protección para los ojos. En resumen, parece que las mujeres ganarían mucho, más que los hombres, llevando un traje cualquiera.

Casi todos los indigenas saben algo de inglés, esto es, que conocen los nombres de las cosas más usuales; lo cual basta, con algunos signos, para poder conversar con ellos. Al volver por la tarde al barco nos detenemos para contemplar una escena deliciosa. Muchos niños jugaban á la orilla del mar; quemaban fuegos artificiales que iluminaban los árboles y se reflejaban en las aguas, otros agarrados de las manos cantaban canciones del país. Nos sentamos en la arena para presenciar la pequeña fiesta, y pudimos comprender que las canciones improvisadas se referían á nuestra llegada. Una niña cantaba una frase y las otras la repetían en coro. Sólo esta escena bastaría para convencernos de que nos encontrábamos en la costa de una isla del célebre mar del Sur.

17 de Noviembre.—Nuestro libro de ruta marca como fecha Martes 17 en lugar de Lunes 16. Avanzando siempre cada vez mas al Este, hemos ganado un día. Antes de almorzar rodea nuestro barco una

verdadera flotilla de canoas; seguro estoy de que suben á bordo doscientos indigenas lo menos. Todos estamos conformes en que en todos los demás países que hemos visitado hubiera sido imposible recibir al mismo tiempo á tan crecido número de indigenas. Todos llevaban alguna cosa que vender, principalmente conchas. Los taitianos comprenden hoy muy bien el valor del dinero y lo prefieren á los antiguos trajes y á otros objetos; sin embargo las diferentes clases de monedas inglesas ó españolas les estorban y preocupan: no están tranquilos hasta que se les cambian las pequeñas en duros ó en *dollars*. Casi todos los jefes han llegado á acumular tesoros. Uno de ellos ofrecía no hace mucho tiempo 800 *dollars* (4.000 pesetas) por una lancha; y no es raro verlos gastarse 50 ó 100 *dollars* en comprar una ballenera ó un caballo.

Después de almorzar me voy á tierra y trepo por la falda de la montaña más próxima hasta una altura de 2 á 3.000 pies. Las montañas próximas á la costa son cónicas y escarpadas; las rocas volcánicas que las componen están cortadas por numerosas quebradas que todas se dirigen hacia el centro de la isla. Después de haber atravesado la estrecha faja de tierra fértil y habitada que rodea el mar, sigo una pequeña loma situada entre los dos desfiladeros más profundos. La vegetación, que es original, consiste casi exclusivamente en helechos pequeños mezclados más arriba con gramíneas bastas; esta vegetación se parece á la que se encuentra en algunas colinas del país de Gales, y esto sorprende mucho por lo mismo que acabamos de dejar bosquecillos de plantas tropicales. En el punto más alto á que he llegado aparecen de nuevo los árboles. La primera de las tres zonas que he atravesado debe su humedad y su fertilidad, por consi-

guiente, á su completa planicie; apenas se eleva, en efecto, sobre el nivel del mar y corre el agua en ella con mucha lentitud. La zona media como no se halla sumergida, como la superior, en una atmósfera húmeda y nubosa, es por completo estéril. Los árboles de la zona superior son muy lindos: helechos arborescentes reemplazan á los cocoteros de la costa; pero no se crea que estos bosques sean tan espléndidos como los del Brasil; ni debía esperarse encontrar en una isla, tan considerable número de producciones como en un continente.

Desde el punto más alto á que he llegado distingo muy bien, á pesar de la gran distancia, la isla de Eimeo, que pertenece al dominio de Taití. En las montañas altas de esta isla descansan inmensas masas de nubes que parecen formar una isla en el azul del cielo. A excepción de un paso muy estrecho, está rodeada la isla por un arrecife. Vista á tanta distancia como yo estoy, se distingue una línea blanca y estrecha, pero muy definida, á la cual van las olas á romperse en un muro de coral. Elévanse las montañas de repente y abruptas, desde un verdadero lago que se encierra en el interior de esa línea blanca, por fuera de la cual presentan las agitadas aguas del Océano coloraciones oscuras. Este espectáculo es chocante; podría compararse á un grabado cuyo marco estuviese representado por los arrecifes, el márgen blanco por las aguas tranquilas del lago, y el grabado en sí por la misma isla. Cuando por la tarde bajé del monte encontré á un hombre al cual le había hecho un regalillo por la mañana: me trae bananas asadas calentitas, una piña y varias nueces de coco. No conozco nada más deliciosamente refrescante que la leche de una nuez de coco después de un paseo largo bajo un

sol ardiente. Tantas piñas hay en esta isla que se comen como los nabos silvestres en Inglaterra. Tienen un aroma delicioso, preferible quizá al de las que se cultivan en Inglaterra, y creo que este es el mayor elogio que puede hacerse de una fruta. Antes de volver á bordo encargo á Mr. Wilson que le diga al taitiano que tan amable se ha mostrado conmigo, que necesito de él y de otro hombre para acompañarme en una breve excursión por las montañas.

18 de Noviembre.—Salto á tierra muy temprano; me llevo un saco lleno de provisiones y dos mantas, una para mí y otra para mi criado. Se ata todo á los dos extremos de un palo largo que mis guías taitianos llevan por turno al hombro. Estos hombres están acostumbrados á llevar así durante días enteros 50 libras lo menos, en cada punta del palo. Les prevengo que tienen que proveerse de comida y de abrigo, y me responden que respecto de alimentos los hay de sobra en la montaña, y en cuanto á abrigos con la piel les basta. Subimos por el valle de Tia-auru, por el cual corre un río que desagua en el mar en la punta Venus: es uno de los ríos principales de la isla, y nace en la base de las montañas centrales más altas, que alcanzan una elevación de 7.000 pies. Es tan montañosa toda la isla, que sólo puede penetrarse en el interior siguiendo los valles. Comenzamos por atravesar los bosques que orlan las orillas del río; los horizontes y puntos de vista á través de los árboles en las altas montañas del centro de la isla son extraordinariamente pintorescos. Muy pronto se estrecha el valle, se elevan las montañas que lo limitan y toman el aspecto de verdaderos precipicios. Después de tres ó cuatro horas de marcha nos encontramos en un verdadero desfiladero cuyo ancho no excede del lecho de un to-

rente. Las paredes á cada lado son casi verticales, pero están tan blandas estas capas volcánicas que en todas las depresiones crecen árboles y plantas numerosas. Estas murallas tienen por lo menos varios miles de pies de altura, lo que hace esta garganta infinitamente más hermosa que todo cuanto he visto hasta el presente. Hasta el medio día en que el sol lanzaba sus rayos directos sobre nuestras cabezas, el aire era fresco y bastante húmedo, pero después se hizo el calor asfixiante y nos detuvimos para comer á la sombra de un saliente de las rocas, debajo de un muro de lavas dispuestas en columnas. Mis guías se proporcionaron un plato de peces y cangrejos pequeños, porque iban provistos de una redcilla extendida en un círculo y donde quiera que el agua estaba bastante profunda se sumergían, siguiendo al pez por todos los agujeros donde iba á refugiarse y le cogían con la red.

Los taitianos se manejan en el agua como si fuesen anfibios. Una anécdota que Ellis cuenta, prueba que se hallan en este elemento como en su propia casa. En 1817, se desembarcaba un caballo para la reina Pomaré; se rompieron las cuerdas y el caballo cayó al agua; echáronse inmediatamente al mar los indígenas y con sus gritos y sus esfuerzos por ayudarle casi hicieron ahogarse al pobre animal; pero tan pronto como el caballo tomó tierra, se marchó toda la población para huir del *cochino que lleva al hombre*, nombre que habían dado al caballo.

Un poco más arriba se divide el río en tres pequeños torrentes. Dos de ellos son impracticables, pues forman una serie de cascadas que parten del vértice de la montaña más alta; el otro parecía tan inaccesible como los primeros, pero sin embargo llegamos á

remontar su curso por un camino muy extraordinario. Los lados del valle son casi perpendiculares en este punto; pero, como muchas veces sucede en las rocas estratificadas, se encuentran pequeños salientes cubiertos de bananeros silvestres, de plantas liliáceas, y otras admirables producciones de los tropicos. Trepano los taitianos por aquellas eminencias para buscar frutas, descubren un sendero que permite subir hasta el vértice del precipicio. Al principio la ascensión es muy peligrosa, porque hay que pasar sobre una superficie de rocas inclinadísimas, donde no hay una planta á que agarrarse, para salir de este sitio tuvimos que valernos de las cuerdas que habíamos llevado con las provisiones. Cómo se ha llegado á descubrir que este terrible paso es el único punto practicable del cortado de la cordillera es lo que no he podido comprender. Entonces seguimos una de las eminencias de la roca que nos condujo á uno de los tres torrentes. Esta eminencia forma una pequeña plataforma, por encima de la cual proyecta sus aguas una magnífica cascada, que tendrá varios cientos de pies de altura, y por debajo otra cascada muy alta va á verter sus aguas en el valle que está á nuestros pies. Tenemos que dar un rodeo para evitar que nos caiga el agua de la cascada, que se halla sobre nuestras cabezas. Seguimos nuestro camino por los salientes estrechísimos de las rocas, donde una abundante vegetación nos oculta en parte los peligros que corremos á cada paso. De pronto, para pasar de un saliente á otro tenemos que saltar por un muro vertical. Uno de mis guías apoya el tronco de un árbol contra esta muralla, trepa por el árbol y consigue al fin alcanzar la cima, aprovechando las desigualdades; ata entonces las cuerdas á una eminencia de la roca, y nos echa uno